

La guerra filipino-estadounidense (1899-1902). Un laboratorio de ensayo para el naciente imperialismo estadounidense.

Darío Martini.

Cita:

Darío Martini (2013). *La guerra filipino-estadounidense (1899-1902). Un laboratorio de ensayo para el naciente imperialismo estadounidense. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/140>

X Jornadas de Sociología de la UBA

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: Número 9. Guerras y conflictos armados en el Siglo XX y el siglo XXI

Título de la ponencia: La guerra filipino-estadounidense (1899-1902). Un laboratorio de ensayo para el naciente imperialismo estadounidense.

Apellido-autor: Martini, Darío

Pertenencia institucional: FFyL. UBA

La guerra filipino-estadounidense (1899-1902)

Un laboratorio de ensayo para el naciente imperialismo estadounidense

*“Durante el apasionante debate nacional que se suscitó en la década de 1890 sobre si Estados Unidos debía convertirse o no en una potencia imperialista, ambos bandos usaban esta palabra con naturalidad, y triunfaron aquellos que orgullosamente se denominaban imperialistas”.*¹

*“Que la presencia estadounidense en las Filipinas se originó en un baño de sangre y violencia fue, sino olvidado, al menos dejado de lado. La guerra Filipino-estadounidense se convirtió en una guerra olvidada durante el Siglo XX”.*²

Introducción

La guerra filipino-estadounidense tiene su origen en el conflicto de 1898 entre Estados Unidos y España, que acabó con el dominio español de más de trescientos años sobre el archipiélago. Sin embargo, la lucha contra España por la independencia filipina se remontaba a 1896. Los estadounidenses tomaron Manila, la capital, a mediados de 1898, para encontrarse con una rebelión nacionalista que ya controlaba todo el archipiélago y que ahora los tenía rodeados en la histórica ciudad. Los norteamericanos debieron entonces conquistar las Filipinas palmo a palmo, haciendo frente primeramente a un ejército nacionalista regular y luego a una larga guerra de guerrillas que en algunas islas se mantuvo incluso hasta tan tardíamente como 1913. Lo que comenzó como la extensión natural de las genocidas *Indians Wars* continentales (la “expansión hacia el Oeste”) derivó en algo mucho más complejo: la imposición hegemónica estadounidense sobre la que sería una de sus primeras colonias de ultramar.

Una vez derrotada la resistencia armada de los nacionalistas, la élite filipina (conocida por el nombre en castellano de los “ilustrados”), dio por cerrado su capítulo revolucionario, para ser paulatinamente incorporada en los asuntos públicos y políticos. Finalmente, en 1935 las Filipinas fueron anexadas

¹ Franklin, Bruce *Vietnam y las fantasías norteamericanas*. Editorial Final Abierto. Buenos Aires. 2008. Pág. 113

² Silbey, David *A War of Frontier and Empire: The Philippine-American War, 1899-1902*. Hill and Wang. EE.UU. 2007. Pág. 210.

bajo el status de Estado Libre Asociado bajo la denominación imperialista de Mancomunidad Filipina (*Commonwealth of the Philippines*).

Mientras que en Estados Unidos se abonaba el ideario de una “dominación benévola” sobre esta “nueva frontera” asiática, la ocupación japonesa de Filipinas en 1942 aceleró la obtención de la independencia nacional en 1946, producto de la resistencia y la movilización del pueblo entero contra la invasión nipona, pero presentada al mundo por los estadounidenses y sus aliados locales como un premio a la incondicionalidad demostrada por los filipinos. En la posguerra, frente un escenario de revolución social en China e Indochina, Filipinas (exhibida en occidente como una “democracia estable” del Pacífico), se convirtió en la frontera natural de la *Pax Americana* en esta parte del mundo.

La guerra finisecular filipino-estadounidense impuso la hegemonía norteamericana sobre Filipinas, y sirvió de verdadera cantera de experiencias y laboratorio de ensayo para los métodos que Estados Unidos aplicó a lo largo del siglo XX en diversos escenarios a nivel mundial (y que también utilizó frente a la disidencia política en el escenario doméstico). La repetición y readecuación de estos “experimentos” de imposición hegemónica fueron fruto directo de esta primigenia experiencia filipina.

Esto último hace necesario el hecho de profundizar en el estudio de esta experiencia de violencia y resistencia, insertada en el nacimiento de un siglo que dejó el trauma de dos bombas atómicas y un sembradío de guerras y masacres como legado (y en las que Estados Unidos participó en una apreciable mayoría). Si se quiere, todas las desventajas y los errores de la resistencia nacionalista filipina son un legado a interpelar y hasta criticar, pero tampoco debemos desistir en la denuncia de los crímenes “olvidados” de los (mismos) verdugos imperialistas de nuestro panorama actual. Nada se pierde por recordarle al mundo que fue Estados Unidos, la patria de la “libertad” y la “democracia” la que inauguró los primeros campos de concentración del siglo XX en Filipinas, campos de concentración que generaron una epidemia de cólera que le costó la vida a doscientas mil filipinos. Y mucho se gana si se recuperan tradiciones de resistencia y discusiones de revolución, como las de los nacionalistas filipinos y filipinas que tuvieron que enfrentar al nuevo imperio en su explosivo nacimiento.

Tampoco tendríamos que detener nuestro análisis en la mera denuncia de hechos aberrantes que se cometieron en Filipinas, tan comunes a la historia universal por otra parte, sino que se puede profundizar sobre el estudio de la implementación de la hegemonía imperialista en Filipinas y sus implicancias: los métodos de cooptación política y de imposición cultural y su legado, una elite anglófona que negoció a partir de ahí con la nueva metrópolis. Si bien este pacto corrió riesgos de ser roto en varias ocasiones (durante la invasión japonesa y luego durante el ascenso de masas de los setenta y que en Filipinas duró hasta mediados de los ochenta, cuando producto de la lucha popular cayó el dictador Ferdinand Marcos -y subió al poder, desviando en gran parte el descontento- Corazón Aquino), la dominación estadounidense fue capaz de generar los instrumentos que le garantizaron la colaboración de Filipinas en el contexto internacional y que le ayudaron a enriquecer y perfeccionar las técnicas que utilizó en otros lugares y situaciones. Es el legado conquistador que Estados Unidos asentó con esta experiencia que puede y debería ser profundizado en su estudio. Este trabajo se propone describir este

episodio velado de la historia moderna y de paso intentará abrir ciertas puntas de reflexión para futuras investigaciones sobre el tema.

Estados Unidos en Filipinas

La ocupación estadounidense de comienzos del siglo XX sobre las Filipinas arroja suficiente evidencia sobre la desmesurada represión ejercida. Estados Unidos no sólo aplastó en el campo militar a los nacionalistas filipinos, sino que impuso su poderío combinando diferentes tácticas y estrategias de dominación. Estas incluían, a tono con la época y al margen de las instituciones del continente (pero parte integral de las mismas), altas dosis de racismo³, mezcladas por otro lado con el característico pragmatismo desplegado por políticos, soldados y funcionarios civiles que tuvieron que desenvolverse en el terreno de una de las primeras revoluciones nacionalistas de Asia.

El poderío militar desplegado por Estados Unidos postró a la resistencia independentista. Inmediatamente, y para formar un nuevo régimen y garantizar la colaboración local, los recién llegados crearon nuevas oportunidades para algunos dirigentes del movimiento nacionalista. Es que la resistencia armada colocó a sectores de la elite filipina en una posición de negociación. Eventualmente obtuvieron una paulatina participación en el nuevo Estado, pero a cambio fueron reeducados política y lingüísticamente.

Hacia 1898, la competencia imperialista se incrementaba a pasos agigantados y el botín que ofrecían las ruinas del imperio español era muy codiciado. “El reparto del mundo es la transición de una política colonial (que en Estados Unidos se extendió casi sin obstáculos sobre los pueblos originarios del continente y en la guerra contra Méjico en 1848), a la que le prosiguió una política colonial de dominación monopolista (imperialista) del mundo, ya enteramente repartido”.⁴ Por otro lado:

*“Las aventuras imperiales de 1898 estuvieron impulsadas en gran medida por la preocupación de que se les cerrara la frontera continental y por el temor a la superproducción de bienes agrícolas e industriales. Ese año, los Estados Unidos exportaron más productos manufacturados de los que importaron; teniendo no más del cinco por ciento de la población mundial, el país producía el treinta y dos por ciento de la provisión mundial de alimentos”.*⁵

Una vez declarada la guerra contra España (bajo el pretexto de ayudar a los revolucionarios independentistas cubanos), los modernos cruceros norteamericanos sorprendieron ancladas en Manila a la vetusta flota española del Pacífico, dejando un saldo de 400 ibéricos muertos contra ninguna baja norteamericana.⁶ La “Batalla de la bahía de Manila” o “Batalla del golfo de

³ Un soldado estadounidense en Filipinas escribió: “Imaginen un indio cruzado con un negro, el producto de esa unión júnteselo con un chino, y lo que aflore de esa mezcla extraña no tendrá comparación alguna, ni siquiera a nivel cognitivo ni menos aún moral, con lo que conocemos por un ‘filipino’”. DeWall, John, D. Company I, 27th Regiment, U.S Volunteers, “Sixteen months in the Philippines”, Military History Institute, Carlisle, Pa. 1902. Citado en: Silbey, David J. Op. Cit, Pág. 146.

⁴ Lenin, V I *Acerca del Imperialismo norteamericano*. Editorial Anteo. Buenos Aires. 1985. Págs. 43-44.

⁵ Bender, Thomas *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires. 2011. Pág. 232.

⁶ La flota estaba estratégicamente posicionada en las cercanías del archipiélago por orden del entonces secretario adjunto de la Armada (y futuro presidente) Theodore Roosevelt (1901-1909).

Cavite”, del primero de mayo de 1898, fue la primera batalla de la guerra contra España, y dejó a los estadounidenses en las Filipinas con el control de la isla de Corregidor y la fortaleza amurallada del puerto de Manila. A sus espaldas tenían a unas rodeadas tropas españolas con muy baja moral por las recientes derrotas infringidas a manos de los nacionalistas filipinos que bloqueaban cualquier salida terrestre de la ciudad. Sin embargo, a los pocos días, la flota alemana del Pacífico, estacionada en las Islas Marianas, apareció en la entrada de la bahía y desembarcó provisiones para los sitiados españoles.

Esto último alarmó a los estadounidenses, su diplomacia se movió entonces rápidamente. Para legitimar su presencia en Filipinas, organizaron una conferencia con la monarquía española, en la que se le obligó a esta última a pactar una rendición, otorgándole una salida “honrosa” del escenario imperialista mundial (y oficializando de ahí en más el papel de potencia mundial de Estados Unidos). Cuatro meses después, y luego de recibir refuerzos desde el continente, los estadounidenses ocuparon la totalidad de la ciudad y quedaron literalmente rodeados por una línea circundante de trincheras nacionalistas filipinas.

La “Conferencia de París” de diciembre de 1898 se produjo a espaldas de los independentistas filipinos, aislados diplomáticamente. Ninguna potencia intercedió a favor de su reclamo: no se podía permitir el hecho de sentar un precedente antiimperialista para los pueblos dominados y colonizados alrededor del globo. España abandonó sus demandas sobre Cuba (y la declaraba independiente), mientras que Filipinas, Guam y Puerto Rico fueron oficialmente cedidas a los Estados Unidos por 20 millones de dólares. A continuación, el Congreso estadounidense estableció, amparado en una legislación separatista dictada sobre los pueblos originarios de su propio territorio, que la población filipina era “inmadura” para ejercer cualquier tipo de autogobierno, e incorporó el archipiélago en calidad de “comunidad dependiente”, a la manera de una de las tantas “reservas indias” del continente, sobre la que ejercería una “dominación benévola”, bajo el decreto presidencial del 21 de diciembre de 1898.⁷ John Hay, Secretario de Estado del presidente estadounidense William McKinley, escribió a Theodore Roosevelt comentándole sobre el conflicto de 1898 contra España, que según su criterio fue: “...una espléndida pequeña guerra; iniciada por los más altos motivos, conducida con inteligencia y espíritu magníficos y favorecida por la fortuna que ama a los bravos”.⁸ Pero, a diferencia del escenario en el Caribe, donde la guerra había terminado, en Filipinas la situación se complejizó en gran manera.

Desde la óptica estadounidense, la importancia militar y estratégica del archipiélago filipino era muy grande. Justificándose en la concepción de Estados Unidos como una nación con un “Destino Manifiesto”, el presidente McKinley decidió que a los filipinos había que “educarlos y cristianizarlos” (parece ser que el adventismo del presidente le impidió observar el hecho de que la enorme mayoría católica de filipinos se consideraban cristianos desde

⁷ López Palmero, Malena “La guerra de 1898 y el imperialismo norteamericano” (Artículo). En: Nigra, Fabio y Pozzi, Pablo (Comps.) *Invasiones Bárbaras en la Historia Contemporánea de los Estados Unidos*. Editorial Maipue. Bs.As. 2009. Pág. 66

⁸ Morison, Commager y Leuchtenburg *Breve historia de los Estados Unidos* Fondo de Cultura Económica. México. 1995. Pág 599. Tanto Roosevelt como William H. Taft, (primer gobernador civil designado para Filipinas) fueron elegidos presidentes de Estados Unidos. Se puede deducir entonces que el haber participado durante la guerra en la facción imperialista les significó un importante prestigio a las carreras política de ambos.

hacia por lo menos trescientos años), ya que (los filipinos) “no estaban preparados para gobernarse, y pronto caerían en el desorden, en peores condiciones que bajo la dominación española”. Y agregaba McKinley: “no podíamos traspasar (las Filipinas) a Francia o Alemania, nuestros rivales comerciales en Oriente, lo cual constituiría un descrédito y un mal negocio”.⁹ Se hizo entonces imperioso aplastar la oposición a la ocupación estadounidense, encarnada en el Partido-ejército nacionalista filipino, el *Katipunan* (que contaba a su vez con un refinado aparato de inteligencia, utilizado previamente para combatir a la brutal policía española).

La resistencia Filipina

Los filipinos vivían en estado de guerra permanente desde 1896. Con el asesinato del médico y escritor José Rizal, figura emblemática y mártir del levantamiento contra España, la asonada se elevaría a la categoría de revolución nacional, con el pueblo entero en estado de insurrección a lo largo de todo el archipiélago. Tan sólo Manila se mantuvo en manos españolas, a causa de una fuerte dominación militar y policíaca.

Rizal fundó la “Liga Filipina” en 1892, una asociación civil cuyos miembros (muy a pesar de éste) se radicalizaron. La Liga terminó aglutinando a todo el abanico de fuerzas nacionalistas independentistas, que fundaron en 1895 un Partido-ejército, el *Katipunan*, dirigido por Andrés Bonifacio y Emilio Aguinaldo (Bonifacio fue asesinado en mayo de 1897 en un confuso episodio por subordinados de Aguinaldo, que terminó detentando el poder de manera verticalista sobre todo el movimiento).¹⁰

Luego de unas primeras batallas victoriosas contra España, la situación se tornó adversa para los filipinos. Acorralado por el gobernador Fernando

⁹ Ídem. Pág. 600. Por otro lado: “Hablando de la colonización de Filipinas, Alfred Thayer Mahan (marino y estratega que escribió un libro muy influyente para la época: *The influence of Sea Power upon history* -“La influencia del poder marítimo sobre la historia”-, de 1890), sostenía que el derecho de ‘una población indígena’ a conservar su tierra ‘no depende del derecho natural’ sino más bien de su ‘aptitud política’ que debía demostrarse en ‘el trabajo político de gobernar, administrar y desarrollar (esa tierra) de manera tal que asegure el derecho natural del mundo en general de que los recursos no permanezcan inactivos’. La posesión local, en otras palabras, estaba sujeta al uso más productivo”. Bender, Thomas Op. Cit. 220. Además: “A fines del Siglo XIX, el Destino Manifiesto era un concepto tanto racial como político sobre los derechos (y también las responsabilidades, según se creía) de las naciones “civilizadas” de gobernar a los pueblos menores, incivilizados”. De acuerdo con William Allen White (representante del Partido Progresista de Kansas) ‘sólo los anglosajones pueden gobernarse a si mismos’. Es su ‘Destino Manifiesto’, continuaba, ‘seguir avanzando como conquistadores del mundo’”. Ídem. Pág. 222 y 223.

¹⁰ Rizal proponía la incorporación de Filipinas como provincia española, abandonando el estatuto de colonia imperial, con plena representación en las cortes peninsulares e igualdad de derechos ante una misma ley. Este programa democrático mínimo fue considerado subversivo, y bajo la presión de los clérigos católicos, las autoridades españolas fusilaron a Rizal. Sobre Rizal, ver: Anderson, Benedict *Bajo tres banderas, Anarquismo e imaginación anticolonial*. Ediciones Akal. Madrid. 2008. Este libro traza el camino recorrido por la generación independentista filipina (la que luchó contra España), encarnada en la figura de José Rizal (1861-1896), médico y escritor de renombre, educado en Europa, cuyas dos principales obras son fundamentales para entender al “archipiélago magallánico”, como se conocía entonces a las Filipinas: *Noli me tangere* (1887) y *El Filibusterismo* (1891). Por este último fue sentenciado a muerte bajo cargos de subversión y fusilado en 1896, lo que reavivó la revuelta iniciada cuatro meses antes por el *Katipunan* (abreviación del nombre de la “Suprema y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo” representada por las siglas KKK inscriptas en blanco sobre una bandera de fondo rojo).

Primo de Rivera (tío del dictador Miguel Primo de Rivera), enviado especialmente por la corona para reprimir la sublevación (llamada por los nacionalistas “Revolución filipina”), Emilio Aguinaldo aceptó un armisticio, a cambio de una fuerte suma de dinero y el auto exilio en Hong Kong (pacto de *Biak-na-Bató*, de diciembre de 1897). Ninguna de las partes cumplió con el tratado. Aguinaldo compró armas para el *Katipunan* mientras los españoles continuaban con la dura represión a lo largo de todo el archipiélago. Una vez aniquilada la flota española del Pacífico a manos estadounidenses, Aguinaldo volvió a las Filipinas en mayo de 1898, ahora como un aliado “informal” de los estadounidenses. Retomó la lucha armada, extendió la insurrección a todo el archipiélago y cercó rápidamente a Manila con un cinturón de trincheras. Aguinaldo declaró la independencia filipina el 12 de junio de 1898.

Sin embargo España se negaba a quedar relegada a la categoría de vencida por sus “inferiores” filipinos. El 13 de agosto de 1898 se montó (con ayuda del cónsul belga en Manila como intermediario) una falsa batalla, en la cual los estadounidenses “tomaron” la capital de manos españolas, y cerraron, a punta de fusil, la entrada a la capital de las tropas nacionalistas filipinas, negándoles los frutos de la victoria y la asistencia a la coronación de su propia independencia.¹¹

El ambiente se tornó sumamente hostil, con la ciudad bajo bandera estadounidense rodeada de trincheras repletas de soldados de la naciente República Filipina. La tensa calma daría paso al enfrentamiento a gran escala durante la madrugada del 4 de febrero de 1899 entre los “marines” y las tropas filipinas. La guerra la declaró recién el 2 de junio de ese mismo año la República Filipina sobre Estados Unidos, que prefirió durante todo ese tiempo callar sobre la conflictividad en el archipiélago.¹²

Los estadounidenses venían a la contienda con la mayoría de sus cuadros militares formados durante la Guerra de Secesión (1861-1865) y las campañas genocidas contra los pueblos originarios del continente. Estaban profundamente imbuidos de racismo y concepciones de superioridad blanca (el 87 por ciento de los generales en servicio en Filipinas había luchado en las guerras contra los pueblos originarios del continente, y la mayoría de los regimientos provenían de los Estados del oeste, con un anecdótico muy vívido de dichos enfrentamientos, que aun continuaban en los territorios de Arizona y Nueva Méjico contra los “Apaches”)¹³. Pero como ejército de ocupación en una nación lejana y desconocida, los estadounidenses tuvieron que reelaborar muchos de los enfoques a los que estaban acostumbrados en el continente, desarrollando en el terreno un novísimo laboratorio de dominación colonialista. De hecho, los altos mandos estadounidenses abogaron por un tipo diferente de

¹¹ Arthur MacArthur (1845-1912, padre de Douglas MacArthur), gobernador militar de las Filipinas durante un año, entre 1900 y 1901, comentó; *Nosotros no sabíamos lo completo de la estructura de gobierno de la República Filipina hasta que, habiéndolo hecho pedazos, tuvimos abundante tiempo como para examinar sus ruinas*. Mc Coy, Alfred W; *Policing America's Empire: The United States, the Philippines, and the Rise of the Surveillance State*. University of Wisconsin Press. 2009. Pág. 61.

¹² Wright, C. J “A page of American imperialism” (Artículo) En: Revista *New International*, Vol.3 No.3, Junio 1936, pp.86-89.

¹³ Bosch, Aurora *Historia de Estados Unidos. 1776-1945*. Ed.Crítica. Barcelona. 2005. Pág. 304. Sobre el genocidio practicado contra los pueblos originarios del continente y las últimas “guerras indias”, ver: Roberts, David *Las Guerras Apaches. Cochise, Jeronimo y los últimos indios libres*. Edhasa. Buenos Aires. 2005.

soldado en el terreno y en el camino de desarrollar cuerpos de represión internos y un ejército filipino compuesto por tropas nativas. “Los requisitos para ser un buen oficial de tropas nativas son: poseer una educación liberal, tacto y versatilidad. Sobre todo no debe ser un racista o alguien que considera el ‘asunto filipino’ como un segundo ‘frente indio’”.¹⁴

Derrotadas en la guerra convencional, contra un ejército que los superaba tecnológicamente, las tropas nacionalistas filipinas tuvieron que replegarse para continuar una guerra de guerrillas coordinada desde la Cordillera Central en la isla de Luzón, al norte del archipiélago. Esto llevó a los estadounidenses a ensayar una áspera campaña antisubversiva en el camino del control absoluto de las islas. Mientras tanto en la retaguardia y sobre todo en Manila, los estadounidenses ejercieron un meticuloso y agresivo control policíaco para enfrentar cualquier tipo de resistencia.¹⁵

Aguinaldo tuvo que escapar con las tropas enemigas sobre sus talones durante casi un año, y sería finalmente capturado en marzo de 1901, tras una arriesgada operación ideada por el General Frederick Funston, que simuló rendirse y, disfrazando a *scouts* filipinos como soldados republicanos, entró en el campamento nacionalista en el poblado de Pelanan y tomó prisionero a Aguinaldo. Se lo presionó para que desmovilice a sus tropas, a lo que éste, sumamente resignado, accedió rápidamente. El 19 de abril de ese mismo año, Aguinaldo juró lealtad a Estados Unidos y decretó el fin de la “Primera república”. Poco tiempo después declarararía; “*Mi captura, junto con la traición que la acompañó, me dejó enfurecido, anímicamente destruido, y casi por completo paralizado. Mis sentimientos giraban en torno al disgusto y la desesperación. Por otro lado, me sentí aliviado. Yo ya sabía que nuestra resistencia estaba destinada al fracaso, todo había terminado, y yo estaba vivo*”.¹⁶

Esta guerra contra las fuerzas dirigidas por el *Katipunan* es lo que en Estados Unidos se conoce como la *Philippine-American War* (y se periodiza desde el inicio del conflicto en las afueras de Manila, en abril de 1899), y en Filipinas se la denomina “Primera República” (desde 1898 hasta 1902).

Sin embargo el conflicto prosiguió su curso de manera recurrente. Primero hasta 1907, cuando los norteamericanos asesinaron al general del *Katipunan* Macario Sáca¹⁷ (que asumió la presidencia filipina del gobierno en la clandestinidad tras la captura y el arresto domiciliario de Aguinaldo y se negaba a rendirse); luego haciendo frente a una serie de “revueltas mesiánicas” entre 1903 y 1908 y, en alianza con sectores cooptados de las elites locales (que muchas veces dirigían personalmente la represión), enfrentando una serie de huelgas y un activo movimiento de masas (con

¹⁴ Carta del Capitán W.C Rivers. Mayo 27 de 1904, citado en: McCoy Op. Cit., Pág. 87.

¹⁵ Las principales batallas de la guerra convencional fueron, la primera y segunda batallas de Caloocan (en las afueras de Manila, la primera a partir del 4 de febrero y la segunda los días 22 al 24 del mismo mes), el 31 de Marzo los estadounidenses capturaron Malolos, la capital de la Primera República; la batalla de Quinga, del 23 de abril de 1899, y la batalla de San Jacinto, en noviembre de 1899, que forzó la orden de Aguinaldo de pasar a librar una guerra de guerrillas. Todas estas batallas las perdieron las fuerzas filipinas, y se libraron en la principal isla del archipiélago, Luzón. (Silbey, Op. Cit. Pág 73-87)

¹⁶ Ídem. Pág. 179.

¹⁷ Sacay, engañado por políticos filipinos con una falsa oferta de amnistía y la promesa de un puesto en la proyectada Asamblea Nacional de 1907 fue entregado y ahorcado de inmediato por los militares estadounidenses.

influencia socialista) que se desarrolló en Manila entre 1907 y 1911, derrotando finalmente en 1913 a la aislada minoría musulmana de la isla de Mindanao.

El imperialismo estadounidense contra la independencia filipina

Desde temprano, y para reforzar a la flota estacionada en Manila, los estadounidenses movilizaron grandes cantidades de tropas. Para evitar el aprovisionamiento de las fuerzas filipinas, ya a comienzos de 1899 se aseguró un bloqueo casi total sobre el archipiélago. Desde San Francisco, en la costa oeste del continente, partían mensualmente buques con tropas compuestas por batallones del ejército, brigadas de voluntarios (muchos de ellos reclutados en las universidades del este), y batallones afroamericanos de '*Buffalo Soldiers*'.¹⁸ La batalla por Manila y la victoria contra las fuerzas nacionalistas catapultaría a los norteamericanos por todo el territorio. La ocupación efectiva del mismo se completaría recién a comienzos de 1903, y para ello se necesitarían 70.000 soldados (4.200 morirán, muchos de ellos debido a pestes tropicales).

Los estadounidenses derrotaron en una serie de batallas convencionales a un ejército filipino compuesto en su mayoría por caciques locales que sostenían sobre sus tropas fuertes lazos clientelares. Estos "jefes" -en español como se los denominaba- se irán rindiendo uno a uno. Ya para comienzos de 1901 y luego de la temporada de los monzones, Aguinaldo afrontaría una amplia defección en las filas del propio *Katipunan*. Tan sólo en enero de ese año se presentaron ante los estadounidenses más de ochocientos desertores.

Además, la brecha del poderío y la tecnología militar entre ambos bandos fue determinante, y se midió desde lo básico para el combate: la munición. Los mandos norteamericanos notaron que eran muy pocas sus bajas si atacaban "a la carga" y frontalmente las trincheras nacionalistas. Se comprobó que las balas del armamento filipino estaban compuestas de una pobre aleación de metales livianos, dado que las armerías locales eran más bien "herrerías móviles" que fábricas propiamente construidas y pertrechadas. Al ser disparada, la munición se elevaba rápidamente, errando la mayoría de las veces el blanco. Se dio la orden de ataque directo sobre las trincheras, instaurando una psicología triunfalista en las tropas norteamericanas que muchas veces desbandaban con sus asaltos al enemigo. El hecho de que la geografía de las islas, a través de sus canales y estrechos, facilitase la cercanía de los buques estadounidenses a los campos de batalla, fue una enorme ventaja para los invasores, y convirtieron a las trincheras nacionalistas en verdadera "carne de cañón".

Por otro lado, a la composición caciquil del ejército nacionalista se le sumaba el hecho de que Emilio Aguinaldo dirigía al *Katipunan* de manera dictatorial, fusilando a generales subordinados que se venían destacando en el conflicto, como el general Antonio Luna, en mayo de 1899, tras la derrota de Malolos, la capital de la Primera República. Cualquier tipo de desafío a la disciplina impuesta por el *Katipunan* era tratada como traición y sujeta a serias

¹⁸Una vez finalizado el conflicto, muchos de estos '*Buffalo Soldiers*', se afincaron en el archipiélago y estimularon a sus pares a imitarlos, ya que encontraban una sociedad multiétnica como la filipina en la que, a diferencia de la metrópoli, no sufrían una marcada segregación racial. Uno de ellos escribió al periódico de la comunidad afroamericana *Indianapolis Freeman*, mencionando que gracias a su pensión militar, poseía ahora una vida mucho mejor a la que tenía en el continente y declaraba: "En este país se puede hacer una fortuna, ¿por qué no se nos unen a disfrutar de los buenos tiempos venideros?". Ídem. Pág. 184

represalias, incluyendo los reclamos y huelgas de trabajadores asalariados dentro de los territorios republicanos. Esto último jugó un papel desmovilizador en los principales centros urbanos, que temían acciones disciplinadoras por parte de Aguinaldo, produciendo escepticismo sobre las medidas democráticas prometidas por los nacionalistas, cuando no la defección directa hacia el bando contrario.

Durante los años que duró la guerra, el ejército estadounidense combinaría operaciones de combate, innovaciones en tácticas policíacas y reformas civiles para aplastar la resistencia de las fuerzas filipinas, creando un gobierno de ocupación confiado a sucesores civiles, forjando un nuevo estado colonial de molde coercitivo.

Luego de que los rifles de repetición, la artillería pesada y la rápida guerra de maniobras destruyeran las formaciones regulares del ejército filipino (entre febrero y noviembre de 1899), los estadounidenses pasaron los siguientes dos años y medio concentrados en operaciones contrainsurgentes de desmoralización.

En un primer momento el desconocimiento del archipiélago y de las fuerzas sociales que operaban en el proceso obligaron a un rápido despliegue de fuerzas para materializar un avanzado aparato de espionaje, que fusionaría la inteligencia militar con la vigilancia y la extorción de todo el arco político opositor. Los altos mandos estadounidenses percibieron la posibilidad de desarrollar cuerpos de represión internos y un ejército filipino compuesto por tropas nativas dirigidas por estadounidenses. A los avances registrados por la inteligencia del ejército se le sumaron nuevas técnicas de manejo de datos (se confeccionaron cartillas de información sobre todo el arco político de la isla, y se tomaron las huellas dactilares de la mayoría de la población masculina).

Una vez completada la dominación militar, la tarea del momento fue crear una nueva administración que legitimase la ocupación y sostuviera sus aspiraciones de gobierno impuesto. Se abrieron rápidamente llamados a licitación para inversores y contratistas privados que cubrieran los servicios básicos de las principales ciudades. El ejército abrió el acceso a negociados de todo tipo llevados adelante por militares y representantes políticos del gobierno estadounidense. Se fundaron firmas que administraron los ferrocarriles, las empresas públicas y las nuevas obras de infraestructura. Esto atrajo a los hombres de negocios filipinos, que pronto pasaron a ser parte de estas sociedades, legitimando de paso la presencia de los capitales norteamericanos.

Sin embargo, el sentimiento nacionalista no decaía. Reinaba en el ambiente una sensación de rotunda injusticia, la lucha independentista materializada en la Primera República estaba siendo arrebatada de manos de sus protagonistas. La resistencia (sobre todo en el campo y en los pequeños poblados), se mantenía expectante y lista para actuar. En Balangiga, una pequeña villa portuaria crucial para la navegación de la Isla de Samar, los estadounidenses dispusieron una fortificación. Los aldeanos parecían colaborar solidariamente; demostraban sus habilidades en el *Arnis*, el arte marcial nacional, practicado con un machete curvo de nombre *bolos*, o jugaban al beisbol con los soldados extranjeros, y bebían *tuba*, el licor de palma local.

La guerrilla republicana, activa en la zona, visitó a los pobladores de Balangiga para expresarles su desacuerdo con las expresiones de confraternización, pero dejaron en claro que no tomarían represalias. El que sí tomó revancha al enterarse de la visita de los rebeldes del *Katipunan* fue el

comandante estadounidense de la guarnición, Thomas Connel, que mandó encerrar a todos los hombres del poblado durante varias noches sin comida y confiscó las raciones de arroz de todas las familias locales. También quemó las plantaciones de arroz de los alrededores para asegurarse la hambruna entre los guerrilleros.

Esto provocó la furia de los habitantes locales, que organizaron una emboscada bajo una fachada de fiesta católica, y sin ayuda de la rama local del *Katipunán*. A la espera de una visita de oficiales superiores, Connel autorizó el festejo para demostrar el grado de “entusiasmo” del poblado. La noche previa a la emboscada, hombres disfrazados de mujeres ingresaron al poblado con pequeños ataúdes llenos de machetes. Los soldados de la guardia se negaron a abrir los cofres por temor a que portasen pestes tropicales. La fiesta había empezado temprano por la tarde, y todos se aseguraron que los estadounidenses bebiesen mucho alcohol. A las seis y cuarenta y cinco de la mañana sonaron las campanas de la iglesia del poblado, anunciando el ataque. Rápidamente los pobladores entraron al campamento, y en pocos minutos ultimaron treinta y seis soldados norteamericanos (incluido Thomas Connel y toda la oficialidad). Ocho estaban gravemente heridos, y cuatro desaparecieron. Solo treinta alcanzaron a llegar a la orilla y escapar en las canoas que encontraron.

Cuando volvieron las tropas, Balangiga había sido abandonada por sus habitantes. Los soldados destruyeron el poblado y se llevaron las campanas de la iglesia.¹⁹ A partir de ese momento y bajo las órdenes del comandante Jacob H. Smith, se llevó adelante la infame “Campaña de Samar”. Smith despachó una orden con una frase que sería ampliamente repudiada por las crecientes manifestaciones antiimperialistas de ese entonces en Estados Unidos, “Maten a todo aquel mayor de diez años”.²⁰ Las tropas se ensañaron con la población local. Los antiimperialistas estadounidenses denunciarían entonces la “Masacre de Samar”, con las primeras prácticas de campos de concentración de las que se tengan registro en el exterior por parte del ejército estadounidense (y una de las primeras experiencias de este tipo en el Siglo XX).

Estos precarios campos de concentración (que no eran más que alambradas bajo vigilancia fuertemente armada), desarrollaron rápidamente una epidemia de cólera. En brutales condiciones de hacinamiento, y con las cosechas de kilómetros a la redonda arrasadas en nombre de la lucha antisubversiva, los alimentos comenzaron a escasear. En abril de 1902 estalló la epidemia, que azotaría a todo el archipiélago y se cobraría 200.000 víctimas. El resultado sería una catástrofe demográfica de proporciones. Mientras las tropas rebeldes apenas podían sobrevivir en las montañas, sus pares morían de a miles en los poblados y los nuevos campos de concentración.²¹ Theodore

¹⁹ Una de las campanas se exhibe en una base estadounidense en Corea del Sur y dos en territorio norteamericano, en Wyoming. Las bases albergan al noveno regimiento de infantería de Estados Unidos, cuerpo al que pertenecían las tropas masacradas en Balangiga. Los diferentes gobiernos filipinos vienen reclamando en vano por la devolución de las mismas. Borrinaga, Rolando “Solving the Balangiga bell puzzle” (Artículo). <http://www.oocities.org/rolborr/balbellspuzzle.html>

²⁰ Smith era un veterano de la masacre de Wounded Knee (Nebraska, 29 de diciembre de 1890), donde fueron ametrallados ciento treinta y cinco indios *Lakotas* (entre ellos, 72 mujeres y niños).

²¹ La “Campaña de Samar”, sería denunciada como la “Masacre de Samar”, por los antiimperialistas norteamericanos, que contaban con el aclamado escritor Mark Twain como

Roosevelt, elegido presidente luego de la muerte de McKinley, aprovechó la situación para decretar unilateralmente (un simbólico 4 de julio) el fin de la guerra en Filipinas.²²

Un "laboratorio" de dominación

Luego de la derrota militar, la elite filipina se propuso efectuar cambios en la "moralidad" de la población, tomando mayor responsabilidad en los asuntos administrativos y logrando una promesa de independencia para una fecha futura no determinada. Sin embargo, la hegemonía estadounidense logró sustraer la lucha independentista y cercenó toda posibilidad de cambio de régimen en las islas, estableciendo la superioridad sobre su nuevo "hermanito marrón" y remodelando de ahí en más el carácter y el perfil de esta nación.²³

Por otro lado, el ejercicio de la imposición hegemónica le demandó a la naciente potencia imperialista una rápida puesta a punto en su estrategia colonial. De manera tortuosa, la guerra contra los nacionalistas filipinos reconfiguró el escenario político de Filipinas. Los estadounidenses abrieron nuevas parcelas de poder que minaron la cohesión interna que los grupos dominantes demostraron frente a España. Con la captación y cooptación de ciertos sectores de la elite local incorporados en forma subordinada a los beneficios del imperialismo (y sobre los cuales se estableció una hegemonía ideológica y cultural), y el aplastamiento con mano de hierro de la resistencia de sectores sociales y étnicos marginados (que nunca lograron ser absorbidos en el régimen establecido), Estados Unidos facilitó la tarea de la imposición de su poderío y construyó una hegemonía frágil y conflictiva. Se liberaron los obstáculos burocráticos del viejo imperio español, y se readecuó el sistema judicial (instrumentando una nueva legislación en inglés, basada en preceptos puritanos de corte prohibicionista). Esto redefinió nuevos espacios de poder listos para ser "repartidos" entre aquellos filipinos dispuestos a colaborar con los recién llegados.²⁴

principal figura pública. En los últimos años fuimos testigos del debate en Estados Unidos, sobre la utilización del *waterboarding* en Irák y Afganistán. Es notorio que los antiimperialistas estadounidenses de comienzos de siglo XX denunciaron lo que denominaban *Watercure* para torturar a los rebeldes. Ambos términos grafican la técnica de tortura por ahogamiento con un balde de agua, el tristemente celebre "submarino".

²² William McKinley fue el último veterano de la Guerra de Secesión elegido para presidente. Reelegido para el cargo en 1900, sufrió un atentado el seis de septiembre de 1901 en la ciudad de Búfalo, a manos del anarquista León Czolgosz, quien le dio dos disparos. McKinley agonizó durante una semana y murió el 12 de septiembre.

²³ William Howard Taft (primer gobernador civil de Filipinas) le aseguró al presidente McKinley que "...nuestros hermanitos marrones' (*little brown brothers*), necesitarían unos cincuenta o cien años de estrecha vigilancia para poder desarrollar algo parecido a las habilidades políticas anglosajonas". Creighton Miller, Stuart *Benevolent assimilation. The American conquest of the Philippines (1899-1903)* Yale University Press. 1984. Pág. 134

²⁴ Según el político marxista italiano Antonio Gramsci, el poder de las clases dominantes sobre todas las clases sometidas en el modo de producción capitalista no está dado simplemente por el control de los aparatos represivos del Estado. Dicho poder está dado fundamentalmente por la "hegemonía" cultural que las clases dominantes logran ejercer sobre las clases sometidas, a través del control del sistema educativo, de las instituciones religiosas y de los medios de comunicación. La hegemonía existe cuando la clase dominante no sólo es capaz de obligar a una clase social subordinada o minoritaria a que satisfaga sus intereses, renunciando a su identidad y a su cultura grupal, sino que también la primera ejerce control total en las formas de relación y producción de la segunda y el resto de la sociedad. Ver: Gruppi, Luciano. *El*

A las tempranas controversias entre imperialistas y antiimperialistas en el escenario doméstico estadounidense, le prosiguió un panorama en el que se publicitaban las inversiones en el archipiélago, y se alentaban diversos negociados para sociedades comerciales beneficiarias directas de la ocupación. En el continente, el emporio de la prensa sensacionalista del magnate William Randolph Hearst atizó la causa imperialista, demonizando a los independentistas filipinos, exhibiéndolos como simples “bandidos” y “malhechores”. En las islas se recurrió entonces a una represión desembozada, que se apoyó sobre toda una serie de instituciones creadas durante la invasión. Se fundó el temido “Constabulario Filipino”, y diversas agencias de inteligencia, como así también policías municipales, cantonales, y un ejército nacional (los *Philippines Scouts*), todas formadas y dirigidas por oficiales estadounidenses.

Con el objetivo de acabar con los independentistas, se hizo uso de todos los recursos disponibles y de diferentes maniobras coercitivas. Se destacó entonces la División de Información Militar (DMI por sus siglas en inglés), parte de la Unidad de Reconocimiento e Inteligencia, dos organismos fundados en Filipinas y primeros de su tipo en el ejército estadounidense. El DMI se dedicó de lleno a la “identificación y disrupción” de “objetivos políticos antagónicos”, y estableció un archivo sobre los independentistas filipinos (*Bureau of Insurgent Records*).

Luego de tres meses de operar en el terreno, el DMI comenzó a recolectar y diseminar información a lo largo de todos los mandos, provocando el arresto de unos 600 individuos sospechados de “subversivos”, y de 250 oficiales nacionalistas en el área de Manila solamente. En 1901 se haría cargo de esta unidad el Capitán Ralph Van Deman, conocido posteriormente como “el padre de la inteligencia militar estadounidense”.²⁵ Van Deman innovaría en este terreno, transformando los archivos e informes en actividades operativas que pronto se convertirían en una guía sobre cada aspecto de la resistencia filipina (y en un verdadero manual de contrainsurgencia) que incluía tareas tales como; diferenciar las guerrillas activas, incluir el apoyo civil, las finanzas, sus armas, su ideología, el tipo de propaganda, interferir sus comunicaciones, identificar movimientos y descripciones del terreno de operaciones, personajes, agentes y colaboradores. Desde un comando en Manila se combinaron reportes de los más de 450 puestos de información del ejército con información de agentes encubiertos, para así producir un nuevo tipo de inteligencia, ejecutable en el terreno de operaciones mismo. Las unidades del DMI tenían completa libertad y se las alentaba a tomar la iniciativa. Pronto demostraron ser ágiles a la hora de perseguir grupos revolucionarios y determinar con exactitud los momentos para atacar campamentos y puestos de retaguardia nacionalistas.

La “experiencia filipina” ayudó al ejército ocupante a desarrollar un elaborado sistema de contrainteligencia con el que no contaban los estadounidenses antes de la guerra, y capacitó a sus fuerzas represivas en las “artes” de las operaciones de espionaje y represión interna. Estas verdaderas “lecciones” coloniales, arribaron a la metrópoli durante la Primera Guerra Mundial para proveer las innovaciones y el personal que precedió la formación de las agencias de inteligencia estadounidenses (sobre todo por esta época el *Federal Bureau of Investigation* -FBI-). El capitán Van Deman sería puesto a

concepto de Hegemonía en Gramsci; México, Ediciones de Cultura Popular, 1978. (Versión digital) http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi_heg_en_gramsci.htm

²⁵ McCoy, Alfred Op. Cit. Pág. 77.

cargo del Comando de Inteligencia Militar durante la Primera Guerra Mundial, y se ocuparía sobre todo del terreno político doméstico, atacando de manera predilecta a los militantes de los *Industrial Workers of the World* (IWW), y a miembros del Partido Socialista de Estados Unidos y a su ala izquierda (fundadora del Partido Comunista).

Es necesario precisar e insistir que un estudio de este primer “ensayo” imperialista estadounidense “puertas afuera”, implica tener en cuenta su legado: la campaña contra la resistencia filipina y la posterior ocupación del archipiélago se convirtió en una fuente primigenia de experiencias y en un “laboratorio” de prácticas imperialistas. Por ejemplo, en la década del cincuenta, los asesores de inteligencia y militares estadounidenses exploraron nuevas tácticas para derrotar a las guerrillas campesinas de origen maoísta, creando una novísimo sistema contrainsurgente aplicado posteriormente a lo largo de las fronteras durante la Guerra Fría. Una década más tarde, frente a las movilizaciones estudiantiles contra la guerra de Vietnam, el cinturón universitario de Manila se convirtió en el escenario de pruebas para nuevas técnicas de represión antidisturbios. Durante los ochenta, mientras Estados Unidos retrocedía tras la desmoralizadora derrota de Vietnam, Filipinas y América Central protagonizaban enormes levantamientos de masas, con expresión en huelgas generales y movimientos armados. Ambos escenarios pasarían a servir como territorios de prueba para que el poderío estadounidense recreara y mejorase la doctrina de “Guerra de Baja Intensidad” (*Low Intensity Conflict*). Luego de los atentados de septiembre del 2001 en Nueva York, el Pentágono desarrolló el concepto de *Population Centric Warfare* (bombardeo de objetivos específicos, con comandos electrónicos monitoreados desde el terreno de operaciones), contra la guerrilla del sur de Filipinas del *Moro Islamic Liberation Front*, para reutilizarlo en Irak y, sobre todo a mediados de 2009, en la campaña de pacificación intensiva (*Surge*) de Afganistán. A casi setenta años de la independencia de 1946, las Filipinas son una verdadera cantera desde donde se extraen invaluable experiencias para perfeccionar la hegemonía estadounidense.²⁶

El reacomodamiento de la elite local

A partir de 1901, el nuevo gobernador civil de las Filipinas, William H. Taft (futuro presidente de los Estados Unidos), impuso un rígido control sobre la información, utilizando leyes draconianas para restringir el debate público, y con una policía secreta habilitada para monitorear comunicaciones privadas. Bajo una serie de resoluciones de la Suprema Corte, los gobernadores estadounidenses de Filipinas ejercían de hecho un poder considerablemente más profundo que cualquiera de sus colegas en la madre patria.

Luego de la captura de Aguinaldo y la caída de la Primera República, silenciada la resistencia abierta tras el episodio de Balangiga y el genocidio en

²⁶ Al respecto, el historiador Alfred McCoy traza el interesante paralelismo entre los mecanismos de dominación utilizados por el imperialismo estadounidense en Filipinas a comienzos de siglo XX y cien años después en la guerra de Irak a partir del año 2003. McCoy describe que en Irak, la política estadounidense buscó relegar a la etnia suní (dirigente en el partido Baath) del futuro gobierno pro ocupación, pero eventualmente se vio obligado a pactar con dicha comunidad, suministrándoles armas e incorporándolos como miembros de una nueva policía en Bagdad como primer paso para integrarlos al nuevo régimen. Dicha táctica de cooptación, si bien inscripta en prácticas imperialistas, se discutió entre los altos mandos militares haciendo referencia directa a la “experiencia filipina” de cien años antes. Ídem. Pág. 5

Samar, la cohorte del régimen estadounidense consiguió aceptación al principio, y posteriormente legitimidad en una parte no mayoritaria pero sí significativa de la población de Manila y de los principales centros urbanos. Los estadounidenses se concentraron en tres áreas críticas: educación, salud, y la promesa de “orden” materializada en un nuevo sistema judicial de carácter prohibitivo. Cerca de la mitad del presupuesto colonial fue destinado a estos propósitos, con la educación llevándose más de un millón de pesos filipinos por sobre fuerzas de represión como el Constabulario (son clave en el “relato” fundacional que inscribe como “benévola” la dominación estadounidense, los famosos los *Thomasitos*, los seiscientos docentes norteamericanos que llegaron a bordo del navío *U.S.S Thomas*).

Tarde o temprano, las elites locales fueron pactando eventualmente su incorporación y reacomodamiento bajo el nuevo régimen. A medida que negociaban separadamente su rendición (el general Daniel Tirona tan tempranamente como en 1899, Emilio Aguinaldo en 1901, llamando a deponer las armas, y el guerrillero Miguel Malvar en 1902), aceptaban retirarse de la contienda en términos, más que de sumisión, de total integración, y siguieron ejerciendo parte del poder económico y político sobre sus respectivas áreas territoriales y administrativas de influencia. Además, pusieron a disposición de los recién llegados las publicaciones y periódicos que poseían (muchos de los cuales habían ganado popularidad y mayor tirada durante la lucha contra España).

Los estadounidenses cedieron puestos administrados por militares a civiles filipinos, sobre todo en el área legislativa y sanitaria. La prohibición del opio de 1907 fue producto de una iniciativa moralista de misioneros protestantes, pero contó con el apoyo de los comerciantes chinos y los mayores terratenientes de Luzón. No era ningún gobierno representativo como al que aspiraron durante la lucha independentista, pero por otro lado los negocios que fluían con el libre comercio y los nuevos espacios administrativos que surgían en la naciente burocracia colonial, permitieron a los sectores acomodados y la incipiente clase urbana encontrar un lugar común bajo el nuevo régimen.

Muy ilustrativo de esto último es el siguiente episodio. En abril de 1903 llegó a Manila el vice gobernador Luke E. Wright:

“Wright fue escoltado por los navíos del puerto, y saludados por las sirenas y bocinas de todos los barcos de la bahía. En el puerto, una marquesina con banderas estadounidenses esperaba por el mandatario, que desde el púlpito expresó, ‘se siente uno aquí como en su casa’. Los cañones del fuerte Santiago fueron disparados, dando por iniciado el desfile. Frente a él pasaron el Mayor Henry T. Allen, dirigiendo a las tropas nativas del Constabulario, el decimotercer batallón de infantería, dos compañías de ‘Scouts’ filipinos, y el jefe de la policía de Manila, John E. Harding, delante de dos compañías, una de ellas con algunos filipinos. Luego, los carros de la nueva división de bomberos, y detrás de ellos, unos cientos de trabajadores con las banderas representativas de sus sindicatos, y veinticinco carruajes sobrecargados de políticos filipinos, tanto del partido Nacionalista como del Federalista.”²⁷

²⁷ Ídem. Pág.59.

La coerción cedió paso a la cooptación de voluntades. Si la hegemonía estadounidense lograba sentar pie en el archipiélago y aparentaba ahora sostenerse de manera apacible, se debía en gran parte a que su nueva experiencia imperialista le exigió desenvolver formas más refinadas y efectivas de dominación.

Nuevos contratistas desembarcaban en el archipiélago, allanando el despliegue estratégico de las tropas estadounidenses. En Manila, se instauró un intrincado sistema de vigilancia y supervisión, con inspectores sanitarios que reforzaron un estricto código de salud pública; un departamento de bomberos con un aceitado sistema de comunicación telegráfico, y un sistema de telecomunicaciones para el ejército. Hacia 1903, para desbaratar sabotajes, la capital tenía un departamento de bomberos operado por estadounidenses, que contaba con un sistema que comunicaba 153 teléfonos unidos por 291 kilómetros de cables, capaces de despachar carros hidrantes a cualquier lugar de la ciudad y sus alrededores en cuestión de minutos. Con la intención de negarles a los independentistas la posibilidad de ocultarse en las sombras, los bomberos instalaron tan sólo en ese año unas doce mil bombillas eléctricas de alumbrado público. Desde sus cuarteles generales, el ejército norteamericano estaba en contacto, mediante telégrafos administrados por la *Signal Corporation*, con las residencias de los principales mandos del ejército en Manila y con las catorce provincias del archipiélago, asegurando un rápido despacho de tropas y el ritmo diligente en las operaciones de inteligencia.²⁸

Al principio, el gobierno estadounidense prohibió la circulación de periódicos contrarios a su ocupación. Luego, a medida que ganaba la guerra y pactaba con los sectores dominantes, se les permitió la impresión, y estos fueron moderando su voz para eventualmente, alabar la caída en la cifra de delitos en la ciudad de Manila junto con el nuevo orden impuesto. Diarios como “La Independencia”, “La Democracia” y “El Renacimiento” desplazaron los titulares políticos por los hechos policiales, donde se presentaba a los estadounidenses y a los nuevos gobernadores filipinos como adalides del nuevo “orden ciudadano”.

Sobre la base de este nuevo pacto con las elites del norte y centro del país, Estados Unidos pudo concentrar su campaña contra la resistencia del sur en la isla de Mindanao. No obstante, a partir de 1903 y a lo largo de casi cinco años, tuvo que hacer frente a una serie de levantamientos “mesiánicos”. Un fuerte movimiento de sincretismo folclórico y religioso, mezclado con dosis de nacionalismo populista, puso en pie pequeñas bandas de cientos y hasta miles de enardecidos hombres que conformaban “ejércitos de machetes” en el campo, atacando caravanas comerciales y puestos de avanzada del ejército. Un famoso rebelde, Pantaleón Villafrute, fue capturado en 1905 por una coalición bajo el mando del flamante gobernador filipino de la isla de Luzón, Manuel Quezón. Un año después, se repetiría esta combinación aliada en la campaña hacia las montañas de *Antimonan*, para, según la prensa filipina, derrotar una organización “religioso-militar”. Frente a estas revueltas también se utilizaron tácticas de cooptación, integrando a los caciques y jefes regionales a la administración local. De no resultar esta táctica, se utilizaba la fuerza bruta, como en la revuelta de la isla de Leyte (1907) dirigida por el jefe “Papa Faustino”, que fue sangrientamente exterminada.

²⁸ Ídem. Pág. 291

El nuevo régimen otorgó entonces sectores de poder a los filipinos “ilustres”, en la nueva legislatura, la “Asamblea Nacional” de 1907, para ejercer la administración pública a nivel municipal y detentar gobernaciones en importantes provincias. Los gobernantes locales usaron sus nuevas posiciones para desviar las preocupaciones políticas hacia cuestiones más moderadas, como la agenda contra el juego ilegal (siendo estos mismos los que muchas veces lo organizaban) y el contrabando de opio.

Estas concesiones del imperialismo fueron necesarias para apoyarse en políticos filipinos que ayudaran a hacer frente a crisis como las “revueltas mesiánicas”, o frente a la movilización en Manila de grupos nacionalistas radicales, sindicalistas o socialistas, y para mejorar el aspecto de un régimen muy mal visto por los trabajadores y el campesinado local.

Las implicancias de la consolidación de la hegemonía estadounidense

Los nacionalistas radicales se mantuvieron por fuera de esta cercana colaboración. Se les negó entonces el acceso a las elecciones municipales y electivas a la Asamblea Nacional de 1907. Para sortear estas trampas electorales, organizaron movilizaciones, huelgas y sociedades de ayuda mutua. El Constabulario Filipino, fundado en 1901 y ahora bajo el poder de los políticos pro estadounidenses, lanzó una campaña para doblegar la dirigencia y a la militancia del movimiento. Desde 1902 hasta 1907, esta fuerza se concentró en vigilar a una nueva generación de políticos filipinos, cooptando a algunos, o extorsionando y atacando a otros. Luego, entre 1907 y 1914, y bajo el mando de la Autoridad Legislativa Filipina, se dedicó de lleno a operaciones que desprestigiaran y desmovilizaran a los dirigentes del movimiento republicano, montando provocaciones y complots en su contra. Un verdadero régimen policial sometió a la oposición y el brazo paramilitar del mismo fue implacable.

Además, a las calumnias en la prensa contra la reputación de individuos destacados del movimiento independentista, se le sumaban ahora el descrédito de las ideas que habían inspirado dos generaciones de luchadores independentistas y seis años de experiencia revolucionaria. La dominación colonial directa fue dando lugar a una nueva y compleja jerarquía social. Cuando los mandos estadounidenses del Constabulario Filipino retornaron a los Estados Unidos, Manuel Quezón, el primer presidente de la Asamblea filipina, vio una oportunidad para cultivar una clientela de jóvenes emprendedores de entre la nueva fuerza, cosechando además nuevas conexiones entre los empresarios americanos y filipinos. Esto le valió décadas de reconocimiento como el político filipino más influyente en Washington, y un enorme poder por sobre sus coterráneos.

Subordinada al papel de proveedora de materias primas para su nueva metrópoli, el futuro de la maltrecha economía filipina estaba sellado. Redactado por el Alto Comisionado para Filipinas tres décadas después, un informe al Congreso estadounidense daba un panorama de la situación de Filipinas en 1941, meses antes de la invasión japonesa:

“No se ha desarrollado una importante clase media independiente ni una opinión pública influyente. El grueso de los ingresos ha revertido en el gobierno, las zonas urbanas y en los terratenientes, sirviendo de poco para mejorar al campesinado, en estado casi feudal. Continúa la mala distribución de la propiedad, la tierra y la riqueza. Es mayor la sima que separa la masa de

*la población, de la reducida clase gobernante. El malestar social ha alcanzado serias proporciones.*²⁹

Sin embargo la alianza estratégica de los sectores acomodados de la sociedad filipina para con los estadounidenses era ya muy sólida. La invasión japonesa daría lugar a un nuevo tipo de narración sobre las relaciones históricas entre filipinos y estadounidenses. A la “dominación benévola” (o educadora) de parte de Estados Unidos, se le agregaba ahora una embellecida historia de relaciones fraternales entre filipinos y estadounidenses, que lucharon juntos contra un despiadado enemigo común.³⁰

La ocupación estadounidense de las islas en 1898 tuvo un efecto no menor sobre las tonalidades de un amanecer de siglo que palpitaba al ritmo de la *belle époque* en la Europa occidental, la misma que mostraba su rostro genocida frente a las aspiraciones independentistas de las colonias de ultramar.

La pérdida de vidas y la brutalidad desplegada por los imperialistas estadounidenses forzó a lo mismos a sepultar todo recuerdo de la guerra contra los filipinos. Por otro lado, el hecho de que mucho de los filipinos que lucharon contra los invasores participasen en el gobierno colonial, ratificó la visión inculcada por los nuevos gobernantes de que la guerra había sido un insensato esfuerzo por rechazar el progreso, la benevolencia y la ilustración que aportaba la cultura de los recién llegados.³¹

A principios del siglo XX la cultura estadounidense propagó un mensaje de elevación moral (abrazado por la elite filipina) de dimensión global, propagado por docentes, misioneros y hombres de negocios. No resulta extraño que unas décadas más tarde, el uso del cine como instrumento propagandístico y la industria de Hollywood en particular tomara la posta a la hora de reafirmar este mensaje. De hecho, el filme estadounidense estrenado a fines de 1945 sobre la resistencia filipina contra los japoneses, “Regreso a Bataán” (*Back to Bataan*), protagonizado por John Wayne y Anthony Quinn, retrata a los otrora “cobardes” filipinos como valientes acreedores de la libertad inculcada por sus “amigos” estadounidenses, y merecedores ahora de la ayuda y la protección de estos últimos. Además de recrear una visión heroica del pueblo filipino, el filme brindó una imagen del enemigo japonés que se resumía en su violencia y ambición. En ésta película el imperialismo norteamericano se reapropió y utilizó el panteón de héroes independentistas filipinos. José Rizal es citado en una escena por el personaje de una heroica maestra estadounidense que enseñaba hacia décadas en Filipinas, y el supuesto nieto de Andrés Bonifacio (interpretado por Anthony Quinn), que fuese fundador del

²⁹ Molina, Antonio M. Op. Cit. Pág. 197.

³⁰ Con el pretexto de incorporar al archipiélago en el proyecto de la “esfera de co-prosperidad del Asia”, en 1943, (Japón) promulgó una independencia para Filipinas y se proclamó una “Nueva República”. Sin embargo, el presidente filipino en el exilio estadounidense, Manuel Quezón, se apresuró a afirmar ya en diciembre de 1941 y bajo los primeros bombardeos japoneses que: “La bandera de los Estados Unidos será defendida por los militares norteamericanos y filipinos hasta quemar el último cartucho. El pueblo filipino celebra la oportunidad de poner a prueba su lealtad a los Estados Unidos con sangre y fuego”. Por otro lado y “...conocida la situación en Filipinas, donde los japoneses finalizaban los preparativos para la concesión de la independencia, el presidente Roosevelt se apresuró a enviar un mensaje con fecha 6 de octubre de 1943 al Congreso de los Estados Unidos, en el que ‘asegura al valiente pueblo filipino que el gobierno de los Estados Unidos cuidará de que la independencia se establezca pronto y sea defendida’”. Ídem. Pág. 195-201.

³¹ Bender, Thomas Op.Cit. Pág. 244

Katipunan y que luchó contra España sin haber enfrentado a Estados Unidos, representa en la misma a un incondicional de su jefe, el paternal coronel estadounidense 'Joe Madden' (John Wayne). Se buscaba proporcionar legitimidad al relato que se proyectó frente a las audiencias de la época sobre las relaciones fraternales entre ambas naciones, y sobre todo representar una dominación "benévola" en las Filipinas.³²

Los filipinos, de hecho, se convirtieron en una especie de grupo étnico "favorecido" en la sociedad estadounidense. Para la década de 1920 eran vistos con aprobación en lugar del desprecio y el tratamiento racista que recibían la mayoría de los asiáticos; la inmigración procedente de China estaba prohibida desde 1882, y la inmigración desde Japón se prohibió a partir de 1924. Los filipinos no experimentaron este tipo de exclusión. Además, en 1923, cuando la Marina de los Estados Unidos volvió a abrir la contratación de personal luego de los años de recortes que siguieron a la Primera Guerra Mundial, se continuó prohibiendo el reclutamiento de los afro-americanos, pero en su lugar, los filipinos fueron ocupados como asistentes en los comedores de a bordo.

A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los filipinos ganaron y perdieron revoluciones contra españoles y estadounidenses. Sin lugar a dudas esta lucha le aportó a los isleños una rica experiencia nacionalista. Cada región del archipiélago resguardó sus historias de la guerra, sus victorias y sus derrotas. La guerra filipino-estadounidense era parte de una experiencia filipina que tenía el potencial de aportar una visión nacional a un archipiélago lleno de gentes de diferentes orígenes étnicos, credos, religiones, culturas y lenguas.

Por otro lado, el novísimo sistema colonial que inauguró Estados Unidos tras la sangrienta invasión y exterminio de la resistencia independentista unió de ahí en más el destino de estas dos naciones. El hecho de que el hijo del general estadounidense que conquistó Filipinas fuese ungido como el libertador del archipiélago 45 años más tarde es por demás paradójico. La promesa del retorno de Douglas MacArthur fue un aliciente para que la guerrilla combatiese a los japoneses ya no sólo por la independencia filipina, sino también por *Utan na loób* (en tagalo: "Madre América").³³

Esta guerra dejó a España sin su estatus de imperio, y puso a Estados Unidos en una posición de privilegio que acrecentaría con el correr del tiempo. Pero además, dejó en los filipinos un espíritu de orgullo que se referenciaba directamente en esta experiencia de revolución, guerra, insurgencia y auto determinación. Buscaron la independencia y a cambio lograron la soberanía, pero esta lucha atizó la lucha antiimperialista en Asia (el nacionalismo Chino en especial y la 'revuelta' de los Bóxers del año 1900 en particular fueron inspirados en gran manera por el levantamiento filipino).

Sin embargo, el hecho de tener que soportar la ocupación militar de una potencia extranjera traumatizó el devenir político de Filipinas, impidiendo la formación de una sociedad civil políticamente crítica y activa. Como contrapartida, observamos el hecho de que cada uno de los "experimentos" de dominación desarrollados durante la guerra contra la resistencia

³² Fiamengo, Augusto y Martini, Darío "Regreso a Batán. La disputa por la hegemonía sobre Filipinas y la construcción del otro" (Artículo). En: Nigra, Fabio (Coordinador) *Visiones gratas del pasado. Hollywood y la construcción de la Segunda Guerra Mundial*. Imago Mundi Editorial. Buenos Aires. 2012

³³ Silbey. Op.Cit. Pág. 210.

independentista filipina se trasladó hacia la metrópoli para fortalecer los organismos de represión interna, siempre en nombre de la seguridad nacional y los imperativos de las misiones militares.

La experiencia de la guerra genocida contra el movimiento independentista filipino valida por entero las palabras pronunciadas por ese entonces por el aclamado escritor Mark Twain, cuando declaró: “no se puede tener un imperio afuera y una república en casa”.³⁴ En este proceso de mimesis imperialista, la dominación que ejerció Estados Unidos sobre Filipinas sirvió a los fines de la clase dominante, que ganó en experiencia con los métodos coercitivos utilizados en el extranjero, y que logró acumular nuevas y más sofisticadas herramientas para perimir así los rasgos democráticos que la cuestionaran e imponer sus designios imperiales allí donde creyese necesario.

Darío Martini. Abril de 2013

³⁴ Twain, Mark *Antiimperialismo, Patriotas y traidores*, Icaria editorial. Barcelona. 2006. Op. Cit. Pág 132